



Capítulo 657: Dominación madre-hija II (R-18)

Vergil descruzó lentamente las piernas y aplaudió una vez. "Ustedes dos se ven hermosos," dijo sonriendo. "Acum, Jenga. Mismas reglas: temblor, papel. Caída de torre, doble penalización. Katharina, ahora te toca a ti empezar."

Katharina parpadeó, todavía aturdida, con los brazos cruzados sobre el pecho como para ocultar algo.

"M-me... ¿ahora? ¿Te gusta esto?" Su voz salió en un chirrido, sus duros pezones trazando puntos visibles en el ajustado traje. Miró a Zafiro, que cruzó los brazos bajo los pechos, empujándolos aún más hacia arriba y la campana emitió un tintineo provocativo.

"Deja de quejarte, niña," Zafiro gruñó, pero había un brillo en sus ojos —una mezcla de ira, resignación y algo más cálido y traicionero. "No se detendrá hasta que terminemos. Sólo juega." Se inclinó hacia adelante, con los pechos balanceándose fuertemente, casi derramándose por la parte superior.

Katharina tragó saliva con fuerza y extendió su mano temblorosa hacia la torre reconstruida. Ella eligió una pieza en el medio, empujó lentamente... scrrk. Nada. Ella tiró con cuidado y lo colocó encima. La torre se balanceó durante un milisegundo, pero se estabilizó.

Vergil asintió. "Bien. Zafiro."

La reina demonio resopló, pero obedeció, sus dedos precisos tocaron un trozo bajo. Ella empujó—trrk. Un temblor sutil, casi nada. De todos modos, tiró sin problemas y se inclinó hacia atrás, con los pechos subiendo y bajando con respiración controlada.



"Tu turno, sinvergüenza." Ella dijo, incluso sabiendo que él no iba a jugar con ellos!

Vergil se rió suavemente, haciendo girar el cubo de papeles. "No soy yo quien juega. Continuar."

Siguieron rondas en tensión creciente. Katharina sudaba y su traje se aferraba a su piel húmeda; Sapphire mantuvo su pose, pero la campanita delataba movimientos mínimos. La torre era inestable, alta y frágil.

Entonces, el error de Katharina. Tocó una pieza inestable — un tambaleo. La torre tembló visiblemente y las piezas vibraron como un terremoto en miniatura.

"Oh, no...," ella gimió, retrocediendo.

Vergil sonrió y recogió el cubo. Lo giró y sacó un trozo de papel. Él lo leyó. Sus ojos brillaban. "Castigo para el conejito: masajea los pechos de tu madre durante dos minutos. Completo. No me quejo."

Katharina se quedó paralizada y su rostro se puso rojo. "¿Q-QUÉ?!"

Zafiro levantó una ceja y sus brazos se fueron desencruzando lentamente, dejando al descubierto sus amplios pechos. "Virgilio, tú—"

"Reglas," interrumpió, con voz acerada. "O sangre súcubo otra vez. Y esta vez, diez disparos."





Katharina miró los pechos de su madre —enormes, hipnóticos, los pezones rosados endureciéndose debajo de la delgada parte superior.

"Lo siento..." dijo Katharina tímidamente.

"Solo hazlo. Dijo Zafiro, acercando sus pechos y girando la cara para evitar mirarla.

Las manos de Katharina temblaron cuando se acercó, tocando primero los lados. Suave. Pesado. Ella masajeó lentamente, apretando, sintiendo el calor pulsando.

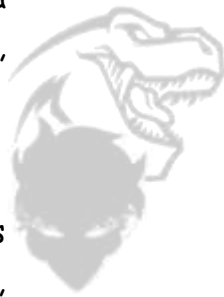
"Mnnh~" Sapphire se mordió el labio, un gemido bajo se escapó a pesar de ella misma, sus pechos tintineaban con los movimientos. "M-mm... más firme, idiota," murmuró, con los ojos medio cerrados.

Dos minutos se prolongaron como una eternidad. Katharina sintió sus bragas empapadas y el hormigueo entre sus piernas insoportable. Cuando se detuvo, sin aliento, Vergil aplaudió suavemente. "Buena chica. Zafiro, jugar."

Irritado y sonrojado, Sapphire era demasiado agresivo—CRACK. Un fuerte temblor. Ella maldijo en voz baja.

Vergil cogió el periódico y lo leyó con una sonrisa sádica. "Tú: chupa los pezones de Katharina durante un minuto cada uno. Usa tu boca correctamente."

Zafiro gruñó, pero obedeció, acercando a Katharina.





"Quédate quieto." Deslizó el body hacia abajo, dejando al descubierto las G-cups perfectas, con los pezones duros como piedras. Ella chupó la primera — sorbo— lengua arremolinándose, chupando con fuerza demoníaca contenida.

Katharina arqueó la espalda, gimiendo fuerte, "¡A-ahh! M-madre... ino...!" Pero sus manos se dirigieron a la cabeza de Zafiro, tirando involuntariamente. Luego vino el segundo pezón, mojado e hinchado. La campanita de Zafiro tintineaba rítmicamente.

Vergil se ajustó los pantalones y su polla ahora estaba dura como una piedra. "Continuar." Más rondas. Temblores. Preguntas perversas:

"¿Cuál es tu mayor fetiche?" (Katharina: "Estar dominada...");

"¿Alguna vez has pensado en un trío con tu hija?" (Zafiro: "Eso sí que es algo, diablos").

Entonces, catástrofe: Zafiro derribó toda la torre. CRASH.

Vergil se puso de pie, con los ojos encendidos. "Doble castigo perfecto." Recogió el papel lentamente. Leyó en voz alta: "Bésense unos a otros. Lengua profunda. Manos sobre los pechos del otro. Hasta que yo diga basta."

El aire crepitó. Katharina y Sapphire se miraron—vergüenza, deseo, odio mezclados. Zafiro agarró primero la nuca de su hija, atrayéndola hacia un beso feroz. Lenguas entrelazadas, mojadas y hambrientas, gemidos resonando. Manos en los pechos: Zafiro apretando las copas G de Katharina, digitando los pezones; Katharina masajeó las copas H de su madre, sintiendo el latido de la leche.





Virgilio observó, con la mano en los pantalones. "Más profundo..." Pasaron los minutos, la saliva goteaba, los cuerpos se apretaban entre sí —vaca y conejo en éxtasis forzado.

Finalmente, se detuvo. "Listo." Dijo y miró hacia arriba, sus expresiones eran simplemente... locas.

Sapphire y Katharina se separaron lentamente, sin aliento, como si el beso hubiera succionado el aire de toda la habitación.

Sus cuerpos, todavía apretados entre sí en una maraña de curvas lascivas y tejidos minimalistas, brillaban con sudor y saliva, el aire cargado con el aroma almizclado de la excitación femenina —un perfume traicionero de coños húmedos y pechos palpitantes.

La campanita en el cuello de Sapphire tintineaba levemente con cada respiración irregular, un recordatorio burlón del caos en el que se habían convertido.



La vaca lechera era un espectáculo de decadencia madura y salvaje. Sus enormes copas H, ahora libres de la parte superior mal contenida que se había deslizado hacia los lados durante el frenético beso, colgaban pesadas e hinchadas, balanceándose con su pecho agitado.

Sus pezones rosados, gruesos como uvas maduras, eran hipersensibles y erectos, brillando con saliva fresca de la boca de su propia hija —las marcas rojas de una succión reciente los hacían palpar visiblemente, como si pidieran más. Gotas de sudor goteaban por las amplias curvas de sus pechos, trazando caminos a través de las manchas blancas y negras del estampado vulgar, acumulándose en el encaje de sus bragas de cintura media, que ahora estaban empapadas y adheridas a su vulva afeitada.



Sus labios llenos e hinchados rezumaban una miel viscosa que corría por sus gruesos muslos envueltos en largas medias, dejando rastros brillantes que delataban su rendición forzada. Su rostro —siempre tan majestuoso— estaba destruido: labios hinchados y rojos por las picaduras, saliva goteando por su barbilla, mejillas sonrojadas profundamente que se elevaban hasta las orejas puntiagudas de la tiara con cabeza de vaca.

Sus ojos semicerrados, vidriosos por la lujuria y la rabia mezcladas, se fijaron en Virgilio con un odio ardiente, pero su cuerpo lo delataba todo: caderas moviéndose involuntariamente, como si anhelara ser llenadas. Se secó la boca con el dorso de la mano, la campanita tintineó y gruñó suavemente:

"Bastardo... usaste sangre de súcubo para esto... no... tiene ginseng... demasiado viejo... afrodisíaco... Tú—" Ella ni siquiera podía hablar correctamente, después de todo, tenía sed de sexo. ¡Ese bastardo la había dominado!

Bueno, no sólo ella... la conejita sumisa y avergonzada también estaba loca, era un pozo de vergüenza erótica elevado al enésimo poder. Sus G-cups perfectamente alegres se desbordaron del body negro estirado hasta su límite, la tela ahora húmeda y translúcida con sudor y saliva, moldeando cada curva lasciva como un guante obsceno —sus pezones duros, chupados e hinchados por la boca hambrienta de su madre, puntiagudos como diamantes rosas, palpitando con una sensibilidad insana, rodeados de areolas enrojecidas y llenas de succión.

El body se hundía entre sus gruesos muslos, dejando al descubierto su tanga completamente empapada, que apenas contenía su coño hinchado y goteante: labios rosados y carnosos pulsaban abiertamente, un goteo de humedad corría por sus medias negras translúcidas, dejando sus piernas temblando de excitación incontrolable.

Sus alegres nalgas, acentuadas por el corte alto del body, contrajeron espasmos nerviosos, como si pidieran azotes. Su rostro era una catástrofe de





inocencia corrupta: ojos abiertos y húmedos por lágrimas de vergüenza, mejillas ardiendo como brasas, labios separados e hinchados por besos profundos, con hebras de saliva todavía conectándolos con los de Sapphire.

Las orejas de conejo de la tiara temblaban con la cabeza inclinada, los puños blancos y la pajarita despeinados, e instintivamente se cubría los pechos con los brazos, pero sólo lograba apretarlos más fuerte, forzando gemidos apagados.

"V-Vergil... por favor... yo... uh~", murmuró Katharina, su voz temblando y rota como un cristal roto, todo su cuerpo convulsionando en oleadas de hormigueo traicionero que la hacían frotar sus gruesos muslos, el traje negro crujiendo contra su piel húmeda.

"No seas mala conmigo... soy una buena chica...", suplicó, sus ojos húmedos suplicaban, mientras un calor insoportable se extendía desde su coño empapado a cada nervio, dejándola sin aliento y sumisa.

"Ni siquiera hemos empezado todavía", respondió Virgilio con una risa gutural, con los ojos ardiendo de puro sadismo.

Levantó una mano y esparció un espeso polvo afrodisíaco rosado en el aire — una niebla densa y dulce que envolvía a madre e hija como un velo pecaminoso, filtrándose en sus fosas nasales, poros y coños palpitantes.

Sapphire tosió levemente, sus H-cups se movieron con el impacto, mientras Katharina gemía fuerte, el polvo se aferraba a su piel sudorosa y amplificaba el fuego entre sus piernas.

Luego, con un brillo demoníaco en sus ojos, Vergil agarró la botella restante de Succubus Blood mezclada con Ginseng—, una poción prohibida de 10.000 años de antigüedad, espesa y carmesí como semen infernal.



ig lup! ig lup! ig lup!

Se lo tragó todo de una vez, el líquido corría por su barbilla y las venas pulsaban visiblemente debajo de su piel mientras el poder lo invadía. Sus ojos se transformaron: dos corazones rojos en llamas arremolinándose en sus iris, pupilas dilatadas por una lujuria insana, su polla ahora era un mástil palpitante que estiraba sus pantalones hasta el límite.

"Vamos, ahora el juego está a punto de cambiar", gruñó, con su voz profunda y demoníaca resonando como un trueno bajo, elevándose desde el sillón con la gracia de un depredador supremo. "El juego ahora es 'Yo soy el Rey.'"

Su mirada cayó sobre la pila de juguetes pervertidos que aún estaban intactos sobre la mesa.

Se acercó lentamente, con los pasos pesados, y sacó dos piezas con una sonrisa sádica: una cola de vaca blanca y negra, con un tapón anal grueso y texturizado que vibraba ligeramente; y una cola de conejo negra y esponjosa, unida a un tapón anal aún más ancho, con una base en forma de anillo para tirar.

"Olvidaste esto," se burló, balanceando los dos en el aire como trofeos obscenos antes de lanzarlos —la cola de conejo a Sapphire, quien la atrapó con un gruñido frustrado, y la cola de vaca a Katharina, quien la dejó caer entre pies temblorosos, sonrojándose violentamente.

"Ayúdense unos a otros a poner esto en sus traseros. Si tardas demasiado, recibirás una paliza." Virgilio ordenó, con su voz un látigo de autoridad absoluta, corazones rojos palpitando en sus ojos mientras se acomodaba nuevamente, con su polla palpitante en exhibición, lista para el siguiente acto de dominación total.

